

# LIBROS

66

LETRAS LIBRES  
MAYO 2016

**Luis Fernando Granados**

• EN EL ESPEJO HAITIANO. LOS INDIOS DEL BAJÍO Y EL COLAPSO DEL ORDEN COLONIAL DE AMÉRICA LATINA

**Mario Vargas Llosa**

• CINCO ESQUINAS

**Vicente Alfonso**

• HUESOS DE SAN LORENZO

**Arnoldo Kraus**

• RECORDAR A LOS DIFUNTOS  
• DOLOR DE UNO, DOLOR DE TODOS

**Angus Deaton**

• EL GRAN ESCAPE. SALUD, RIQUEZA Y LOS ORÍGENES DE LA DESIGUALDAD

**Christian Duverger**

• EL ANCLA DE ARENA

## HISTORIA

### Los jacobinos indios



**Luis Fernando Granados**  
EN EL ESPEJO HAITIANO. LOS INDIOS DEL BAJÍO Y EL COLAPSO DEL ORDEN COLONIAL DE AMÉRICA LATINA  
Ciudad de México, Era, 2016, 300 pp.

#### RAFAEL ROJAS

Hace un par de años la profesora de la Universidad de Nueva York Ada Ferrer publicó el libro *Freedom's mirror*, en el que estudiaba el impacto de la Revolución haitiana en el Caribe hispano. Recordaba Ferrer que buena parte de la ideología liberal cubana, dominicana y puertorriqueña del siglo XIX se había construido en torno a la idea de que cualquier solución al problema del orden colonial y esclavista en aquellas *sugar islands* debía evitar el peligro de que se repitiera la revuelta de los jacobinos negros de Saint-Domingue que,

entre 1791 y 1804, liberó a los esclavos, repartió la propiedad, derrotó a los españoles, los ingleses y los franceses y proclamó la independencia del imperio de Jean-Jacques Dessalines y, luego, de la república de Alexandre Pétion en el sur y del reino de Henri Christophe en el norte de la isla.

Ferrer concluía que, a pesar de que la Revolución haitiana fue el principal referente de algunas conspiraciones de esclavos en diversas ciudades, pueblos, cafetales e ingenios de Cuba y Puerto Rico —una de las mejor organizadas sería la de José Antonio Aponte en 1812, en La Habana—, la radicalidad social y racial del republicanismo haitiano terminó siendo abandonada por las corrientes hegemónicas del Caribe hispano en el siglo XIX, lo mismo por reformistas que por partidarios de la autonomía o la independencia. Haití se convirtió en el “espectro” de una guerra racial, con que las autoridades coloniales disuadían o reprimían a los rebeldes, pero también en otra variante del miedo liberal al “terror”, que suscribieron no solo líderes blancos sino también negros y mulatos del separatismo caribeño.

Ahora el historiador Luis Fernando Granados (Ciudad de México, 1968) escribe un libro que desde su título invoca el de Ada Ferrer, pero su espejo es muy diferente al del Caribe hispano. El título podría sugerir al lector que lo que Granados intenta es una reconstrucción del legado o las imágenes de la Revolución haitiana en la rebelión del Bajío, en 1810, o en la contrainsurgencia que desató el virreinato de la Nueva España. Pero no es así. *En el espejo haitiano* es otra cosa o varias cosas, a la vez, que muy poco tienen que ver con el impacto de la Revolución haitiana

en la Nueva España, en la revuelta de Miguel Hidalgo o en la reacción contra la misma que encabezaron el virrey Francisco Javier Venegas y su jefe militar Félix María Calleja.

Lo que Granados ofrece es una síntesis narrativa de la Revolución haitiana, un debate teórico e ideológico con la nueva historia política —especialmente aquella que en la coyuntura del pasado bicentenario intentó reinterpretar el proceso de la independencia— y una vuelta al análisis marxista, o de cierto tipo de marxismo, sobre la insurrección de Guanajuato, en septiembre de 1810. Aquella, según Granados, también fue, como la haitiana, la revolución anticolonial de “un pueblo”, en este caso, de campesinos indios y pardos. Se trata de un texto apasionado y elocuente, que rompe lanzas contra un revisionismo que, sin embargo, prefiere caricaturizar, como hace todo polemista astuto. La nueva historia política, según Granados, ha borrado al pueblo y ha narrado una gesta de independencia sin insurgentes.

A juicio de Granados, la historia política más reciente del periodo (Juan Ortiz Escamilla, Alfredo Ávila, José Antonio Serrano, Roberto Breña, José Antonio Aguilar, Ana Carolina Ibarra, Peter Guardino) ha dado la espalda a la historia social o al estudio de las masas en el proceso de la independencia y se ha concentrado en fenómenos institucionales, doctrinarios o jurídicos. Observación que no se sostiene si se revisa con cuidado la obra diversa de esos historiadores —y de otros, que Granados no cita, como Claudia Guarisco, que llegó a conclusiones muy parecidas a las suyas, aunque mejor sustentadas, sobre el papel de los indios del Valle de México—, y el peso que en la misma tiene el corpus de

historia social, que Granados también aprovecha, producido por Hugh Hamill, Brian Hamnett, John Tutino, Eric Van Young o Florencia Mallon, a quien el autor de *En el espejo haitiano* olvida.

El resumen de la historiografía del bicentenario que Granados somete a crítica está incompleto. Por ejemplo, se echa en falta un libro fundamental para el propósito revisionista de la nueva historia política, como *Elegía criolla* (2010) de Tomás Pérez Vejo, que argumenta con vehemencia lo contrario de lo que ahora Granados sostiene, esto es, que la insurrección del Bajío fue una guerra anticolonial. Tampoco repara en los volúmenes de la serie *Herramientas para la Historia*, coordinada por Clara García Ayluardo para el Fondo de Cultura Económica, o en el gran proyecto editorial *Historia crítica de las modernizaciones de México* (2010), impulsado por el CIDE, que dedicó todo un volumen al periodo que estudia Granados.

El mayor aporte de este libro está en los capítulos dedicados al análisis del protagonismo de los indios laboríos en la insurrección de septiembre de 1810 en Guanajuato. A partir de ahí, Granados concluye que la de independencia fue una revolución de indios campesinos —no de “pueblos de indios”, ni de mestizos ni de criollos— contra un régimen colonial que explotaba el trabajo agrario de forma directa o indirecta, a través de la presión fiscal del tributo. No se trata de una idea completamente nueva, ya que la historiografía agrarista o marxista del periodo de la Revolución mexicana, al estilo de Alfonso Teja Zabre o Luis Chávez Orozco, la manejó. Pero si Granados hubiera centrado su libro en ese punto sería más convincente.

Incluso si aceptáramos esa interpretación de la revuelta de septiembre de 1810 en el Bajío, difícilmente se podría transferir su esencia ideológica a toda la guerra o a todo el proceso político de la independencia de México. Hacerlo sería otra forma de recaer en la lógica de la sinécdoque, tomando el todo por una parte. Y es que en su afán de interpretar la independencia de México a partir del modelo de la Revolución haitiana, Granados impone al pasado una camisa de fuerza ideológica. Como en la tradición menos refinada del marxismo, la revolución es entendida como el momento más radical del proceso, por ejemplo, el terror jacobino o el año 1793 en Francia, y no como toda la destrucción del antiguo régimen que va de la Asamblea de los Estados Generales al Consulado o al Imperio.

Si la revolución es ese evento o ese trance de violencia clasista o racial, entonces la coyuntura más claramente revolucionaria de la independencia mexicana es cuando Hidalgo y Allende mandan a degollar a 78 europeos, en nombre de los intereses del “pueblo de indios laboríos”. No hay mucho que agregar sobre la pobreza teórica y el maniqueísmo ideológico que subyace a esa manera de pensar la historia, luego de que Ferenc Fehér, en *La revolución congelada* (1989), probara que el jacobinismo opera con una idea simple de las revoluciones que las reduce al terror y escamotea la ambigüedad y los vaivenes del cambio social.

No hay forma de repetir la hazaña intelectual de C. L. R. James en *Los jacobinos negros* (1938) y mucho menos si el objeto de estudio es el Bajío virreinal del intendente Riaño y el obispo Abad y Queipo. Marx hablaba de la fetichización

de la mercancía en el capitalismo moderno, pero el marxismo y el neomarxismo vulgares también hacen del concepto de revolución un fetiche simbólico. En el fondo, no les interesa el proceso revolucionario íntegro sino uno de sus eventos —la toma de la Bastilla, el asalto al Palacio de Invierno, el incendio de la alhóndiga de Granaditas o la entrada de Fidel Castro en La Habana—, al que aplican el zoom de la ideología. El resultado es una visión de la historia que se limita al “momento estelar”, de que hablaba Stefan Zweig, que imagina al pueblo como un sujeto homogéneo que irrumpe en escena para liberarse y luego se desvanece en el día a día del trabajo, las instituciones y las leyes. —

**RAFAEL ROJAS** (Santa Clara, Cuba, 1965) es historiador y ensayista. Su libro más reciente es *Historia mínima de la Revolución cubana* (El Colegio de México/Turner, 2015).

## México tradicional Literatura y costumbres



**Aurelio González**

**EL COLEGIO  
DE MÉXICO**  
<http://libros.colmex.mx>

### NOVELA

## Un thriller de Vargas Llosa



**Mario  
Vargas Llosa**  
**CINCO ESQUINAS**  
Madrid, Alfaguara,  
2016, 318 pp.

### JOSÉ MIGUEL OVIEDO

El mundo imaginario de Mario Vargas Llosa (Arequipa, 1936) posee dos virtudes capitales que pocas veces aparecen juntas en un escritor: pasión y rigor. Con la primera crea mundos traspasados por el vértigo de las más violentas (pero también tiernas) aventuras humanas que suelen tener el sabor de lo primitivo y el fervor de lo épico. Con la segunda otorga a un mundo que tiende a lo desorbitado y caótico un diseño preciso que pone en estricto orden todas las piezas del rompecabezas. Así, el lector de sus ficciones se mueve entre formas y moldes en los que reconoce mundos por los que ya ha transitado, al mismo tiempo que descubre innovaciones y saltos hacia una nueva dimensión.

Esto se confirma en *Cinco esquinas*, su novela más reciente. Se trata, básicamente, de un thriller con un preciso trasfondo político: los años de la dictadura de Fujimori y la brutal ola de terrorismo desatada por la fanática secta de Sendero Luminoso que provocó unas 59,000 víctimas mortales (incluidas las de la represión militar) según el informe oficial de la Comisión de la Verdad; a la llamada “guerra popular” de Sendero se sumó la ola de secuestros del Movimiento Revolucionario Túpac Amaru, que operaba especialmente

en Lima. Es curioso que hasta ahora el autor no había tocado con amplitud estos temas en su obra narrativa, salvo las páginas que les dedica en sus memorias, *El pez en el agua* (1993). No solo eso: en esta novela hay numerosas referencias a la increíble maraña —en verdad muy novelesca— de corrupción que dirigió sin control la eminencia gris del régimen fujimorista, el llamado “Doctor”, Vladimiro Montesinos, a quien Fujimori cedió el manejo de los negocios sucios del gobierno, entre ellos el de la prensa venal, lo que permitió que ambos amasaran grandes fortunas.

Entre los *leitmotifs* que aparecen y reaparecen en la obra de Vargas Llosa —la violencia, la sexualidad, la aguda estratificación social, la supremacía machista, el melodrama, la derrota y el fracaso de la aventura humana, etcétera—, el de la dictadura es uno de los más significativos porque en él ve el origen de una podredumbre moral que arrastra como una ola negra a la sociedad en su conjunto, tanto a los que ejercen y aprovechan la corrupción como a sus víctimas. Basta recordar *Conversación en La Catedral* (1969) y *La fiesta del chivo* (2000). Con la primera de estas, *Cinco esquinas* tiene algunas interesantes semejanzas. Por ejemplo en el capítulo XIX se produce el encuentro inesperado entre Montesinos y la apodada Retaquita, la redactora estrella de *Destapes*, paradigma de lo que en el Perú se conoce como “periodismo chicha”, que el poderoso personaje usó como perros de presa para intimidar a sus enemigos. Allí oímos decir a Montesinos: “Yo te diré a quién hay que investigar, a quién hay que defender y, sobre todo, a quién hay que joder. Otra vez te pido perdón por la lisura. Pero la repito porque será la parte

más importante de tus obligaciones conmigo: joder a quienes quieren joder al Perú. Joderlos como sabía hacerlo Rolando Garro.” Los lectores recordarán fácilmente el inicio de *Conversación en La Catedral* en el que vemos a Santiago Zavala, oscuro periodista de *La Crónica*, resumiendo su agonía existencial con esta pregunta: “¿En qué momento se había jodido el Perú?” También hay coincidencias entre ambas novelas en sus respectivos retratos del mundillo periodístico y la mugre moral en la que se refocila.

Pero, en verdad, estamos hablando de novelas marcadas por personajes, situaciones y atmósferas bastante distintos. La acción se mueve principalmente entre dos espacios por completo disímiles: el de las elegantes residencias de dos acomodadas parejas y la zona de Cinco Esquinas, que conoció mejores tiempos y ahora es un barrio desvencijado y hasta peligroso. En el primer capítulo de la novela ya nos damos con una escandalosa sorpresa: Marisa y Chabela, íntimas amigas y esposas respectivamente del próspero minero Enrique Cárdenas y del notable abogado Luciano Casabellas, inician una inesperada y febril aventura lesbiana, que prometen guardar en secreto. Como suele ocurrir en las novelas del autor hay de inmediato un brusco cambio de foco, pues pasamos del escándalo que se cierne sobre las dos mujeres a la visita que, en el siguiente capítulo, le hace a Enrique el siniestro director de *Destapes*, Rolando Garro, quien de inmediato lo chantajea con la publicación de unas fotografías comprometedoras que le fueron tomadas en una orgía. Cuando el cadáver de Garro aparece con signos de haber sido sometido a una violencia extrema la intriga da otro giro en el que

Enrique resulta un obvio sospechoso del crimen. El relato nos tiende varias pistas falsas, con detalles que omitiré en beneficio de este. Solo diré que algunas de esas trampas nos conducen al barrio de Cinco Esquinas, donde viven personajes que le dan un sabor popular y que ofrecen el otro polo de la sociedad limeña: la gente que malvive con trabajos humildes y que encara la constante amenaza de ser víctima de la delincuencia común que infesta ahora sus calles. Aparte de la Retaquita, que goza de cierto prestigio por su actividad periodística, tenemos a Juan Peineta, un devoto de Felipe Pinglo —el legendario compositor de música criolla—, que circula entre el modestísimo hotel Mogollón y Cinco Esquinas.

Una técnica narrativa que Vargas Llosa desarrolló con amplitud en *La casa verde* reaparece aquí manejada con impecable maestría: en los capítulos XIX y XX, los diálogos funden distintos espacios y tiempos haciendo que interlocutores reales y presentes interactúen con otros virtuales. El efecto es el de una cadena de voces que se preguntan y responden como si todo ocurriese ante nuestros ojos.

Es en el nivel retórico en el que pueden hacerse algunos reparos a esta entretenida novela. Hay cierto abuso de los gruesos trazos con los que algunos personajes están dibujados. Lo mismo pasa con el uso excesivo de los diminutivos como fórmula de tratamiento. Por supuesto que se trata de un rasgo propio del lenguaje coloquial limeño, pero creo que la sobreabundancia resiente del mismo efecto que se trata de crear. (Quizá las prisas editoriales expliquen otros descuidos como “sacudiéndole el saco”, en tanto que “limpiándole el saco” habría sonado mejor.)

Cuando Mario Vargas Llosa publicó su primera novela —*La ciudad y los perros*— en 1963, tenía apenas veintisiete años; hoy, a los ochenta, ha configurado un verdadero cosmos literario, que abarca libros de ensayo, artículos periodísticos y obras de teatro. Sin embargo, lo que demuestra la reciente publicación de *Cinco esquinas* es que el centro de ese cosmos sigue estando en sus novelas. —

**JOSÉ MIGUEL OVIEDO** (Lima, 1934) es narrador y crítico literario. En 2014 Aguilar publicó las memorias *Una locura razonable*.



## NOVELA

### Los expedientes incompletos



**Vicente Alfonso**  
**HUESOS DE SAN LORENZO**  
Ciudad de México, Tusquets, 2015, 232 pp.

### GENEY BELTRÁN FÉLIX

Las familias están rotas. No resulta arduo llegar a esta conclusión: una de las representaciones más repetidas en el arte mexicano de finales del siglo XX y comienzos del XXI es el de la familia disgregada. No es que se trate de un rasgo privativo del cine y la literatura de este país, inencontrable en otras latitudes. Sin embargo, si tendemos una línea en que resalten —para limitarnos a la ficción literaria— obras como *Porque parece mentira la verdad nunca se sabe*, de Daniel Sada (1999), *Parábolas del silencio*, de Eduardo Antonio Parra (2006), *Señales que precederán al fin del mundo*, de Yuri Herrera (2009), hasta

la reciente *Huesos de San Lorenzo*, de Vicente Alfonso, es posible advertir cómo los lazos nucleares destruidos son algo más que una circunstancia en la vida de los personajes; se han vuelto un principio de la acción dramática y un síntoma inquietante de la visión que está ofreciendo la narrativa sobre esta época y este país.

Hay dos elocuentes nodos que, para el caso de *Huesos de San Lorenzo*, vale la pena destacar en esta consonancia. En el primero, vemos que la familia se destruye desde adentro, a la manera de un sensible microcosmos en que tienen resonancia los conflictos sociales de un país que, sin haber sido invadido en un siglo, no ha cejado en su labor de aniquilar la paz de sus pobladores. Y dos: los personajes ven de tal modo trastocada su estabilidad que no pueden evadir el ímpetu, o la urgencia, de buscar activamente respuestas, hue-llas, retazos de historias sobre sus parientes perdidos. La segunda novela de Vicente Alfonso (Torreón, 1977) tiene como protagonista a Remo Ayala, un joven coahuilense que, al lado de su hermano gemelo, crece sin su madre, de quien solo creen conocer la tumba y el nombre. El padre, un juez respetado, los tiene inscritos en una escuela jesuita de donde escapan, adolescentes, para llevar una vida itinerante al lado del mago Gran Padilla. Los ires y venires emocionales son reiterativos en la existencia de Remo, y esa dislocación interior, marcada por la ausencia de la madre y exacerbada por la rivalidad con su hermano, vuelve elusivos sus motivos y sus hechos. En efecto, la gemelidad lo escinde. Hablando de Rómulo, anuncia el joven a su psicólogo en la primera sesión: “Siento como si, más que mi hermano, fuera mi sombra. Como si nadie pudiera verme sin pensar en él.”

Forcejeando de modo inteligente con los límites de la escuela realista, esta narrativa se sostiene en la paradoja de una aspiración inevitablemente contrariada: ¿cómo reconstruir los hechos, cómo conocer “verdaderamente” lo que ocurrió en el pasado, si los testimonios son dispares y huidizos, y los implicados de origen están —como ocurre con tantas historias del México reciente— desaparecidos o muertos? El doctor Albores, quien atendió a Remo por un breve periodo, se encarga de rescatar la historia una vez que los dos gemelos han fallecido: “reconstruir un pasaje a partir de varias fuentes es como rasurarse frente a un espejo roto: las versiones se contraponen en unos detalles y coinciden en otros”, afirma. En algún punto, a pesar de la discordancia de las voces, la recopilación de Albores lleva a *Huesos de San Lorenzo* a trazar la imagen de un país en que casi todos están en angustiado movimiento buscando rastros de los seres perdidos: las mismas familias, conscientes de su disfuncional y rasgada naturaleza, tienden a la secrecía, la verdad a medias y la impostura, y las instituciones del Estado son incapaces de investigar con pulcritud. “Si lo piensa usted bien, los expedientes *siempre* están incompletos. Recrear la realidad es imposible, los hechos ocurren y se fugan”, instruye el juez Ayala al psicólogo, en la reiteración de una poética que hace explícita la difícil ventura de la trama.

La novela toma su estructura —caleidoscópica, fragmentaria, dislocada— de la misma experiencia que define a los personajes, tanto la simicidad emocional de Remo como el impulso, instigado por la culpa, que lleva al doctor Albores a escurrir en el pantano de las posibles respuestas. Podríamos intentar un resumen de las peripecias, pero esto

lo embaraza el propio talante del libro, afinado en la incertidumbre que define, según este acercamiento, a toda ambición de conocer lo real: ¿qué pasó entre los gemelos y Magda en el hotel?, ¿quién provocó la muerte de Rómulo durante el fallido acto de escapismo?, ¿el presunto mensaje que manda Rómulo del más allá es de veras solo un truco de Gran Padilla? No se trata únicamente de un juego formal, pues, dependiendo de cómo interpretemos la secuencia de los hechos, el personaje de Remo parecerá el de un muchacho débil y desorientado o, en la esquina opuesta, el de un asesino de perfil casi psicótico. Al mismo tiempo, en una novela de corte realista, una variedad de sucesos aparentemente irreales pone a los personajes, y a quien lee, en el apuro de distinguir entre la fe y la duda, entre el milagro y la superchería.

Hay que precisar que *Huesos de San Lorenzo* no se limita a su estructura. Coloca, sí, un pie en esa deriva de audaz experimentación a través de su contradictorio andamiaje, pero también muestra un dominio técnico y una precisión estilística poco vistos en las propuestas experimentales. Por un lado, *Huesos de San Lorenzo* luce una prosa cristalina y tensa, sustentada en el manejo de la frase corta y un oído afín, en grados ciertamente medidos, a la plasticidad lingüística de la región. Por otra parte, al no descansar en una trama unitaria y progresiva, la obra sigue una lógica de historias breves, cada una tejida con pautas que exhiben un parentesco con la ficción breve y la crónica, y que en su alternancia y acumulación consiguen un temperamento híbrido, fortalecido por el cariz de una ficción que se apropia de las convenciones realistas tanto como las cuestiona y exhibe en sus insuficiencias. Desvíos, incertezas,

historias subsidiarias, sí, pero también trae *Huesos de San Lorenzo* una variedad de formas textuales: cartas, entrevistas, un artículo de denuncia política, recuentos de aire casi por entero periodístico, la hacen ver como un artefacto literario complejo y desafiante, dotado de una expresiva fluidez y vitalidad. —

**GENEY BELTRÁN FÉLIX** (Culiacán, 1976) es narrador y crítico literario. El año pasado, su novela *Cualquier cadáver* (Cal y Arena, 2014) obtuvo el Premio de Narrativa Colima.



## ENSAYO

### Hacia una comprensión cabal del dolor



**Arnoldo Kraus**  
**RECORDAR A LOS DIFUNTOS**  
Ciudad de México, Sexto Piso, 2015, 232 pp.



**ARNOLDO KRAUS**  
**DOLOR DE UNO, DOLOR DE TODOS**  
Ciudad de México, Debate, 2015, 194 pp.

### ISAAC MAGAÑA GCANTÓN

Los libros más recientes de Arnoldo Kraus, *Recordar a los difuntos* y *Dolor de uno, dolor de todos*, forman parte de un mismo proyecto de escritura que, en términos generales, podría describirse como una reflexión de largo aliento sobre lo que significa el dolor. Una escritura a dos tiempos donde primero se narra, de manera personal, la transición y suma de sentimientos previos y posteriores a la muerte de Helen,

la madre de Kraus; y después se reflexiona, sin dejar de lado la intimidad y el relato confesional, sobre las formas y manifestaciones del dolor, desde una escritura más pausada y erudita. Idea de continuidad que es reforzada por el mismo Kraus, quien en las últimas líneas de *Recordar a los difuntos* escribe, no solo dos epílogos, sino una honesta confesión en la que explicita su deseo de perpetuar el instante de su escritura: “maravilloso sería no escribir punto final”. Naturalmente, aunque en términos ortográficos así sucede, la realidad es que dicho punto solo da inicio a un segundo momento de escritura —el libro de ensayos *Dolor de uno, dolor de todos*—, cuyo recurso principal es la contención.

El dolor ha sido un tema constantemente visitado en la literatura. A lo largo de la historia, con mayor o menor fortuna lo han hecho un sinnúmero de autores: Bernhard, Kafka, Trakl, Celan, Dostoievski, Tolstói... Y, sin embargo, no es fácil encontrar una tradición sólida acerca de este tema en la literatura latinoamericana y mexicana. Es posible que el insistente rechazo a la introspección, a la apertura del dolor propio hacia el mundo, según lo hicieron notar en su momento Octavio Paz y Samuel Ramos, sirva para explicar una negación propia de los mexicanos hacia una realidad muchas veces insostenible. En esta dirección, la propuesta de Arnoldo Kraus —y aquí hablo también por sus demás libros— resulta novedosa, pues, a pesar de ser médico, sus aproximaciones al dolor no son desde la imparcialidad de la ciencia —aunque sí echa mano, por supuesto, de sus conocimientos sobre medicina y su relación con el sufrimiento de pacientes—, sino a partir de la experiencia. Primero

desde la relación con la vida y después a través de un vínculo estrecho y sensible con el arte. Con esto quiero decir que no hay en Kraus el temeroso distanciamiento con el que se especula sobre *los otros* —y nunca sobre uno— cuando se habla de un tema espinoso, sino que aquí la reflexión es apasionada y no teme transitar por las difíciles sendas del pasado.

De hecho, habría que decir que la apertura de Kraus resulta inusualmente catártica. No hay reserva frente a la confesión y el recorrido: son poco más de ciento cincuenta páginas de *Recordar a los difuntos* las dedicadas a consignar la paulatina degradación de su madre, que consumida por el alzhéimer presagia a través de conversaciones cada vez más delirantes su inminente final. Sin embargo, el relato de Kraus no está escrito desde un sentimentalismo soso que se niega a la pérdida y que por su proximidad al suceso puede terminar en lugar común. Al contrario, la situación que el autor narra con puntualidad lo va desbordando y conduciendo tanto a reflexiones originales sobre la memoria, la muerte, la vida, el lenguaje y la escritura como a otros episodios íntimos de dolor y pérdidas. Y aquí resulta necesario señalar, a manera de contexto, que el pasado de los Kraus se remonta a la Segunda Guerra Mundial y por ende a los horrores del nazismo, por lo que la muerte temprana y el arrebató violento e injustificado recorren todo el tiempo la frágil memoria de Helen, quien vivió esta persecución en carne propia. Las pérdidas que se fueron multiplicando con los años convirtieron su viejo cuaderno de direcciones en una interminable lista de nombres tachados. De la mano de Helen, estas ausencias regresan

caprichosamente al presente, produciendo una sostenida sensación de angustia.

La segunda parte de *Recordar a los difuntos*, en la que la madre de Kraus ha muerto ya, es la que de manera sutil termina por entrelazarse y embonar con *Dolor de uno, dolor de todos*. Algo que incluso se nota en la reaparición de ciertos episodios o en la insistencia en ciertos conceptos —como la resiliencia, los usos del dolor o la muerte como la celebración de la vida— tanto hacia el final de *Recordar a los difuntos* como en la totalidad de *Dolor de uno, dolor de todos*. En esta nueva forma que adopta Kraus para abordar el dolor —la aproximación literaria—, que si bien no destaca por su intensidad, sí por su empatía e inteligencia, tengo la impresión de encontrarme con un equilibrista que por momentos cae en el comentario inmediato. No obstante, independiente de eso —que no sucede todo el tiempo—, el libro es un lúcido recorrido por las posibilidades del dolor, sus causas, consecuencias y la manera en que ha sido abordado, tanto por escritores y artistas como por personas cuya relación con la muerte era más estrecha que con la vida. Al final de este trayecto, Kraus termina por rastrear una tradición no sistematizada hasta ahora, la *literatura del dolor*, y una línea de pensamiento, la *escuela del dolor*. Propuestas que fluyen de principio a fin en este conjunto de veintisiete ensayos que conforman *Dolor de uno, dolor de todos* y que terminan por revelar, finalmente, cierta estética que es común en todos los *sufrientes*.

Por último, si nos referimos a *Recordar a los difuntos* y *Dolor de uno, dolor de todos* como un solo libro —la práctica y su teoría—, como de hecho me parece justo hacerlo,

habría que concluir que se trata de un esfuerzo notable —y singular en el ejercicio literario en México— que hubiera ganado de haber sido más compacto. Por ejemplo, algunas partes de ambos libros marullan con demasiada insistencia ciertas imágenes, propuestas y comentarios. Característica que es posible explicar citando al propio Kraus: “Quien no desea o no sabe cómo acabar su libro no puede desprenderse del tema [...] Hay quienes gozan terminar un libro y hay quienes temen hacerlo. Yo soy parte del segundo.” Ese miedo al final lo traiciona, sin demeritar, por supuesto, su ejecución concienzuda y los hallazgos de su búsqueda. —

**ISAAC MAGAÑA GCANTÓN** (Mérida, 1989) es crítico literario. Actualmente edita la colección Adugo Biri: Etnopoéticas en el Instituto de Investigaciones Filológicas (UNAM).



## ECONOMÍA

### Una historia del progreso



**Angus Deaton**  
**EL GRAN ESCAPE.**  
**SALUD, RIQUEZA Y LOS**  
**ORIGENES DE LA**  
**DESIGUALDAD**  
Traducción de Ignacio Perrotini  
Ciudad de México, FCE, 2015, 404 pp.

#### NORA LUSTIG

Este libro es el resultado de la incursión del Premio Nobel en Economía 2015 Angus Deaton en disciplinas como la demografía y la historia. Con la película *El gran escape*, de Steve McQueen, como metafórico telón de fondo, Deaton explora las grandes tendencias en materia de progreso en los ámbitos

de la salud y el ingreso. La pregunta que recorre todo el volumen es por qué, a pesar del acelerado desarrollo que han experimentado muchos países, una parte considerable de la población mundial no ha podido salir de la pobreza y la muerte prematura.

El libro está dividido en tres grandes apartados: “Vida y muerte”, “Dinero” y “Ayuda”. En el primero, Deaton (Edimburgo, 1945) indaga los factores que explican el espectacular progreso en materia de salud en los países avanzados y la desigualdad aún prevaeciente entre ellos y el llamado mundo en desarrollo. La esperanza de vida, concluye Deaton, ha variado a través de la historia de la humanidad y su mejora no ha sido ni continua ni universal. Enfocándose en el bien documentado caso de Inglaterra, hubo periodos en que los indicadores de salud eran similares para aristócratas y la población en general porque las causas de muerte estuvieron más vinculadas a las enfermedades infecciosas que a la desnutrición. Sin embargo, la introducción de innovaciones médicas (medicamentos y tratamientos) generó desigualdad dado que la población más rica era la única que podía cubrir esos costos. El progreso, afirma el autor, “rara vez se distribuye equitativamente”. Los enormes avances observados en siglo y medio a partir de 1850 estuvieron asociados principalmente al descenso de la mortalidad infantil. Al contrastar sus posibles causas, Deaton concluye que existe una sólida evidencia para atribuirlo al control directo de las enfermedades por encima de las innovaciones médicas y los progresos en nutrición y vivienda. La acelerada migración de zonas rurales a ciudades insalubres y las

falsas teorías sobre los mecanismos de transmisión de enfermedades (como la teoría del miasma) contribuyeron a que los contagios por contaminación del agua crecieran apresuradamente. El control directo de las enfermedades —mejoras en la sanidad y suministro de agua y, posteriormente, la vacunación y las buenas prácticas de salud personal— puso eventual fin a los mecanismos más comunes de contagio. La disminución de las enfermedades infecciosas condujo, a su vez, a un desarrollo en materia de nutrición y con ello al aumento en la estatura, la fortaleza y la productividad. Deaton arguye que la mejora en salud pública “requirió de la acción de las autoridades, lo que a su vez requirió de la concertación y la acción política”. Así, la extensión del voto a los trabajadores por las Leyes de Reforma en Inglaterra contribuyó a que se instalara infraestructura para agua limpia.

En lo referente al llamado mundo en desarrollo, el análisis de Deaton no es menos minucioso. Según los datos disponibles, las campañas internacionales impulsadas por UNICEF y otros organismos y los mayores niveles de educación de las mujeres han dado como resultado que la esperanza de vida en los países en desarrollo sea superior a la que existía en los países ricos cuando tenían niveles similares de producto por persona. Sin embargo, a pesar de la difusión y acceso al conocimiento, el mundo en desarrollo —sobre todo en el África subsahariana y el sur de Asia— presenta todavía altas tasas de mortalidad infantil por causas prevenibles. Deaton documenta cómo el crecimiento económico por sí solo no puede resolver esta gran desigualdad. Si la disponibilidad de

mayores recursos no va acompañada del desarrollo de las instituciones del Estado que garanticen servicios de salud más efectivos y del cambio de actitudes de la población para ser más exigentes, el progreso podría ser sumamente lento. Por otra parte, la ausencia de recursos adicionales puede dificultar la acción estatal incluso si los gobiernos tienen las mejores intenciones.

En “Dinero”, Deaton indaga el notable aumento en el ingreso promedio de todos los habitantes del mundo desde principios del siglo XIX hasta finales del XX y la consecuente reducción de la pobreza extrema. El gran progreso estuvo acompañado de una exacerbación de la desigualdad, sobre todo entre países. Con refrescante franqueza, el autor reconoce que no es fácil explicar las causas de esta disparidad. En un gran número de países, el progreso también estuvo acompañado de un incremento en la concentración del ingreso. Un caso emblemático es Estados Unidos, que experimentó un sostenido crecimiento del producto por persona pero también un aumento de la desigualdad del ingreso laboral y la concentración del ingreso y la riqueza en el 1% más rico. Este contexto le permite a Deaton desarrollar la idea de que a menudo el progreso está acompañado de un aumento de la desigualdad y la manera en que esta desigualdad puede impulsar o dificultar el progreso.

Finalmente, en “Ayuda” Deaton analiza si la transferencia de recursos brindada a través de la cooperación internacional es capaz de acelerar el progreso de los países y poblaciones rezagados (aquellos que no experimentaron “el gran escape”). A pesar de que la aritmética indica que la cantidad de recursos por habitante de los países ricos

necesarios para eliminar la pobreza extrema en el mundo es baja, dicha pobreza persiste. Deaton argumenta que esto ocurre porque la redistribución de recursos a nivel internacional de gobierno a gobierno o de organismos multilaterales a gobierno no puede resolver los obstáculos al desarrollo. “Si la pobreza no es el resultado de la ausencia de recursos o de oportunidades, sino de instituciones pobres, un gobierno pobre y una política tóxica, es probable que dar dinero a los países pobres [...] perpetúe y prolongue la pobreza, en lugar de eliminarla.” Si bien el autor reconoce que la ayuda internacional ha tenido algunos éxitos en el ámbito de la salud, es tajantemente crítico: “la ayuda no funciona como la inversión y, en realidad, la idea en su conjunto no tiene sentido, dado el acceso que tienen varios países pobres a los mercados de capital privado”. Se trata, a mi parecer, de una interpretación excesivamente crítica. Dada la magnitud de la desigualdad, me parece que vale la pena seguir buscando formas y mecanismos en que la redistribución a nivel global pueda acelerar el progreso de los países rezagados.

Escrito en un estilo accesible incluso para el lector no especializado, *El gran escape* dibuja una historia del progreso y la manera desigual en que este se ha presentado en el mundo. A partir de un análisis lúcido y meticulosamente documentado, Deaton nos invita a reflexionar sobre las causas profundas de esta desigualdad y los obstáculos para superarla. Sin duda, se trata de una obra importante para entender el estado actual de nuestro mundo. —

**NORA LUSTIG** es profesora de economía de la Universidad de Tulane y *fellow* no residente del Centro para el Desarrollo Global y el Diálogo Interamericano.



NOVELA

## Colón: historia, mito, novela



**Christian Duverger**  
**EL ANCLA DE ARENA**  
Ciudad de México,  
Suma de Letras, 2016,  
378 pp.

### FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ

Cristóbal Colón no nació en Génova, de hecho nadie sabe dónde nació. No se le conoce casa “y ningún documento eclesiástico reporta su muerte”. En su tiempo no se pensaba que la Tierra era plana. “Desde Pitágoras, el mundo sabía que la Tierra era redonda [...] Aristóteles probaba la redondez de la Tierra por la observación de la Luna. Tolomeo, en el siglo II de nuestra era, supo calcular la circunferencia de la Tierra.” Incluso la Iglesia, siempre a la zaga en menesteres científicos, sabía que la Tierra era redonda: “El *Terrarum Orbis* del obispo Isidoro de Sevilla es del siglo VI.”

Dejando de lado a los vikingos, que nunca supieron qué tierra pisaban, no fue Colón el primero en descubrir el Nuevo Mundo. Se sospechaba de la existencia de un “misterioso piloto que le habría revelado a Colón el secreto de la ruta a seguir para llegar a América”. El asunto va más allá de la sospecha: “Todos los cronistas del siglo XVI mencionan el hecho.” Colón solo habría explotado “una información que le habría sido transmitida por un piloto experimentado”. Ese piloto no es anónimo. Garcilaso de la Vega se atreve incluso a ponerle el nombre: Alonso Sánchez de

Huelva. Los europeos del siglo XV pensaban que al final del mar estaban las Indias, lo que estaba en discusión “era la factibilidad de la travesía”. Colón no tenía amigos ni confidentes, no era afecto a la vida familiar. “Pide no aparecer en ningún registro.” No fueron tres carabelas las que lo llevaron al nuevo continente, sino dos: La Niña y La Pinta. La tercera nave era una nao, “un barco pesado de transporte”. No se llamaba Santa María, no tenía nombre. En el siglo XIX se le intentó canonizar pero su causa fue desechada... por esclavista. Se había comprometido con los Reyes Católicos a cristianizar a los nativos, pero “todos sus esfuerzos tendieron a no bautizar a ningún autóctono”, para así poder “reducir a los indios a la esclavitud”. Los obliga a entregar cada semana una cantidad de un oro que no existe, so pena de cortarles narices y orejas. Por eso, luego de su tercer viaje lo regresan a España con grilletes. Lo había perdido todo, “su gobierno, su oro, sus esclavos, su monopolio comercial, su honor y su libertad”. Murió en Valladolid, casi ciego y en el “más misterioso anonimato”.

Mientras que la mayoría de los grandes hombres hacen todo lo posible por dejar su huella en la historia, “Colón hizo exactamente lo contrario”. Así lo afirma Christian Duverger (Burdeos, 1948), autor de *El ancla de arena*: “su voluntad de no inscribirse en la historia lo convirtió en leyenda”. La mayoría de los hechos más conocidos de la vida de Colón son falsos: su juventud genovesa, el episodio del huevo, la reina Isabel empeñando sus joyas para ayudarlo. Los datos de su leyenda se forjaron en Italia en el siglo XIX: con motivo del cuarto centenario de su nacimiento todos quisieron apropiarse

de su figura precursora. De ese modo, se habla de un Colón genovés, catalán, judío, portugués y hasta suizo. Lo mismo ocurrió con su efigie. En vida nadie lo pintó ni lo describió en papel. Como nadie sabe qué apariencia tenía, cada artista, cada país, lo imaginó a su gusto. Lo más probable, dice Duverger, es que no fuera genovés sino portugués, lo cual explicaría varios de los asuntos más misteriosos de su biografía. Colón, sujeto histórico, está envuelto en la espesa neblina del mito.

¿Puede hacerse la biografía de un mito? “No”, fue la conclusión a la que llegó Christian Duverger. Dejó de lado el intento de escribir una biografía tradicional. “En el caso preciso de Colón, en ausencia de pruebas, habría tenido que presentar varias hipótesis susceptibles de ser mutuamente contradictorias.” Decidió entonces “escoger una interpretación, seleccionando una multitud de datos, y privilegiando la coherencia psicológica; y luego darle a este estudio un giro novelesco”. Esto último no lo dice Duverger sino Jacques Castelnau, álgot del autor en esta novela colombina. Como Duverger, Castelnau fue investigador de La Sorbona, especialista del siglo XV y XVI, “un solitario capaz de meditar sus investigaciones”. Como su personaje, Duverger es autor de varios libros sobre el tema de los conquistadores. Hacia el final de su novela, Duverger-Castelnau explica las razones por las que se decidió a probar fortuna con un relato de ficción. Colón era “un expediente en el que yo había trabajado en varias etapas de mi vida pero que había dejado de lado porque estaba muy enredado, es muy complejo, científicamente peligroso”. Por ello, “me permití darle al conjunto una forma

novelesca”. Intentó Duverger en su libro mezclar “la seriedad más exigente de la historia crítica con la libertad de ficción, lejos de las teorías especulativas”. Inspirado en *El arpa y la sombra* de Alejo Carpentier y en *Terra nostra* y *Cristóbal nonato* de Carlos Fuentes, pero sin la misma fortuna, el historiador cambió de casaca, se despojó de las rigideces académicas, se impuso el formato literario y gestó *El ancla de arena*.

En la novela Duverger se sintió libre de ataduras, especuló a fondo, como en sus libros anteriores. Para rellenar las múltiples lagunas de la biografía de Colón, dio rienda suelta a su imaginación. Creó una trama detectivesca en la que primero aparece el extraviado *Diario de a bordo* de Colón (en sus dos versiones, la autógrafa y la copia que mandaron hacer los reyes), luego estos dos ejemplares son hurtados (con asesinatos a puñaladas incluidos) y más tarde recuperados por la pareja formada por un policía sevillano (Ricardo Luna, un inverosímil detective versado en la historia española del siglo xv) y una, por supuesto, bellísima investigadora italiana (Myrta Pitti, descrita con todos los clichés posibles).

Si como historiador Duverger es osado, imaginativo, audaz, especulativo y brillante (como cuando propuso, en *Crónica de la eternidad*, que no fue Bernal Díaz del Castillo el autor de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* sino el mismo Hernán Cortés), como novelista es muy limitado, se vale de todos los lugares comunes al uso en la novela policiaca, su trama es básica, el misterio escaso, la prosa afectada y las escenas rayan en lo ridículo. Los protagonistas hacen el amor, “el retrato de Piero della Francesca los ve darse infinitos besos. La escena es encantadora”.

La investigadora le dice al detective: “Ricardo mío, con tranquilidad segura, con desenfado de princesa.” La formidable novela de Colón (el misterio que rodea la vida del descubridor) la inserta Duverger en una trama rocambolesca (bigotes y pelucas incluidos, y muchos viajes para darle color, tipo James Bond). Sin embargo, dada la inexperiencia de Duverger con el género, a lo largo de la novela se permite ir soltando sin medida la copiosa investigación sobre Colón. Así, los protagonistas, mientras caminan, comen, antes y después de hacer el amor, mientras viajan, a todas horas, van desplegando la erudita y altamente especulativa narración sobre el navegante. La formidable imaginación de Duverger como investigador aterriza pobremente en una novela previsible y en muchos momentos francamente tediosa. Si a los historiadores el ejercicio debe parecerles extravagante por la forma en la que Duverger llena los huecos de la biografía de Colón —con saltos arriesgados e imaginativos—, como novelista es limitado y de inventiva más bien escasa. Como era de esperar, la trama se resuelve por una casualidad, que no contaré aquí, que de pronto ata todos los cabos sueltos.

La historia de Colón pronto se volvió leyenda y entró al terreno del mito. Del mito la han trasladado diversos autores a la literatura. El primero fue Lope de Vega, al cual siguieron Lamartine, Jules Verne, León Bloy y Paul Claudel. La novela de Duverger no puede inscribirse en esta lista prodigiosa, su lugar más bien es otro, muy cerca de *El código Da Vinci* de Dan Brown. —

**FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ** (Durango, 1963) es crítico literario y consejero editorial de *Letras Libres*. Mantiene una columna en *El Financiero*.

# Anish Kapoor

28.05 - 27.11 / 2016

MUSEO UNIVERSITARIO ARTE CONTEMPORANEO  
MUSEUM JORDAN

# TampocoPodrasDejarDeVerlo

ARQUEOLOGÍA BIBLIOTECA

TOBY HILFINGER

#SUCK

+

+

+

+

+

+

+

+

+

+

+

+

+

+

+

+

+